

JAVIER CHIABRANDO

¿La edad
de la
inocencia?



Página 2

NICOLÁS MAZÍA HENDL

Un lugar
en el mundo



Página 3

OSVALDO QUIROGA

La patria
es la infancia

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

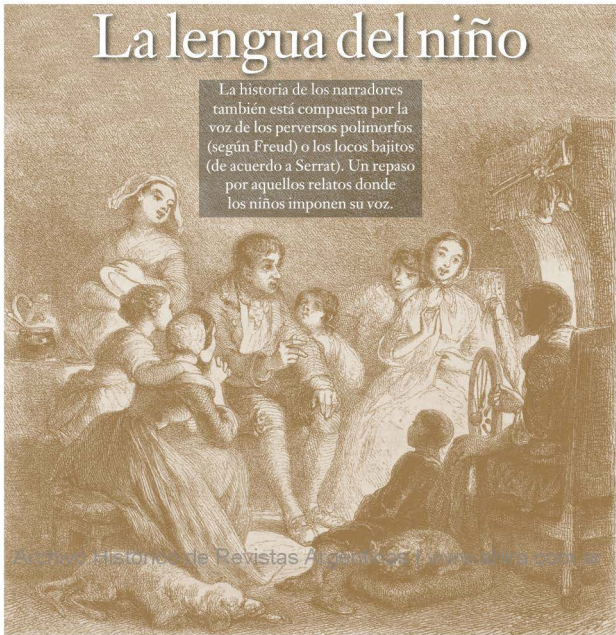
WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 283 | JUEVES 4 DE MAYO DE 2017

La lengua del niño

La historia de los narradores también está compuesta por la voz de los perversos polimorfos (según Freud) o los locos bajitos (de acuerdo a Serrat). Un repaso por aquellos relatos donde los niños imponen su voz.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

MURIÓ EL ESCRITOR ABELARDO CASTILLO, MAESTRO DE CUENTISTAS

Abelardo Castillo, uno de los escritores más relevantes de la literatura argentina del siglo XX, que dejó la huella de su compromiso social y político en revistas como *El escarabajo de oro*, *El ornitorrinco* y *El grillo de papel*, murió a los 82 años de una infección postoperatoria en la Ciudad de Buenos Aires. Maestro de escritores y exímico cuentista (digno sucesor de la dinastía de apellidos Arlt, Borges y Cortázar),

también escribió novelas como *El que tiene sed* y *Crónica de un iniciado* y obras de teatro como *Israelí*. Fue un autor fundamental de la segunda mitad del siglo XX, que consideraba que el escritor es ante todo "un inmoderado por naturaleza, un rebelde". Había nacido el 27 de marzo de 1935 en Buenos Aires, pero a los 11 años se trasladó con su familia a la ciudad bonaerense de San Pedro.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 4 DE MAYO DE 2017

¿La edad de la inocencia?



→ JAVIER CHABRAND

Antes de perder la inocencia existe un espacio no colonizado por los adultos. Este mundo solo puede ser narrado por sus protagonistas: los niños.

En un reportaje, Almudena Grandes decía que los "los niños son muy buenos como narradores porque son los únicos testigos objetivos de la realidad". Y sí, es una gran verdad. No sólo son testigos objetivos sino también inocentes criaturitas de Dios que aún no han sido colonizados por los adultos, mundo que incluye la televisión y la escuela. Claro que el concepto de la inocencia es bien discutible (tanto como el de la objetividad) y su calidad dependerá de cada factor histórico que deba sortear y de cuántos ataques pueda soportar. Es verdad que la mirada de un niño, de un niño bien niño, es anterior al mundo de los prejuicios, de los horrores del mundo adulto, incluso de la cultura misma. Así que, si queremos objetividad e inocencia, tendremos que apelar a un narrador niño. Luego tenemos a los niños protagonistas, que a veces son simplemente recuerdos de infancia del escritor, necesidades estructurales de la novela en cuestión, o la elección de la inocencia como tema.

Sea como sea, las palabras de la escritora española pueden ser la expresión más clara de lo que hoy más engloba a la mayoría de los textos que eligen esa opción a la hora de comenzar un texto. Pero nada debe haber sufrido tanto el paso del tiempo como el concepto de la niñez misma, y su carga de objetividad e inocencia. Y hoy, las

motivaciones que hicieron que Dickens escribiera *Oliver Twist*, o Mark Twain *Las aventuras de Huckleberry Finn* deben tener tanta vigencia como las leyes que permitían la esclavitud, excepto para los estudiosos y lectores ávidos, claro. Es que la niñez ya no es lo que era. Quizá ni siquiera es como la recordábamos que era.

El cambio ha sido tan radical que los límites de la escritura misma se han expandido, al punto que libros para chicos (*Los ojos del perro siberiano*, de Antonio Santa Ana o los de Roald Dahl), tienen legiones de lectores adultos, como si no supieran que ya no son niños, o fingiendo no saberlo. Y libros de gran complejidad (*El señor de los anillos*) son leídos por niños, claro que son niños que instalan programas pirateados, comparan juegos con otras inocentes criaturitas que viven en regiones inspeccionadas del planeta, y que, si les das un poco de espacio, te hacen el Pentágono a la hora de la siesta.

Estos motivos expuestos a las aparadas nada deben haber tenido que ver con que en los orígenes de la literatura argentina no existieran libros como los de Twain o Dickens, ni tampoco un Lewis Carroll que nos hiciera fantasear con caermos en un pozo y vivir lo que vive *Alicia en el país de las maravillas*. Debe ser porque nuestros autores del siglo XIX estaban bien lejos de la búsqueda de la inocencia

y la objetividad, tal vez de tan ocupados en los políticos y conflictos sociales, cuando no de escapar para no hacer la vida.

Pero eso era un vacío que no podía resistir tanto tiempo invitado. Y desde 1884, año en que se editó *Juventud* de Miguel Cané, donde el autor aborda su experiencia como alumno del Colegio Nacional de Buenos Aires, por entonces un internado de varones, el corpus de libros argentinos se fue poblando de niños, narradores o protagonistas, y cada vez menos inocentes, niños que de niño parecían tener poco, como los de las historias de Silvina Ocampo, siempre al borde de la tragedia o de la crueldad, o los que provenían de la pluma de Mujica Láinez, Cortázar, Castillo, Gorodischer, entre otros.

Es que la niñez no sólo cambia con el paso del tiempo, sino que cambia con el paso de esta nota. Por eso, no debemos olvidar que los escritores son simples normales que tratan de entretener a la gente, o que hacen lo mejor que pueden, y no son magos. Y que no necesariamente tiene respuesta para las preguntas: ¿qué es un niño

hoy, o hasta qué edad se es un niño. Tampoco es cuestión de escribir el tema y hacer la gran Hitchcock para decir: "Nunca trabajes ni con niños, ni con animales, ni con Charles Laughton". Porque hasta Charles Laughton fue niño y los perros, cachorros.

Así, sin respuestas, y sin dinero para ir al psicólogo, los escritores dieron por hecho que los niños ya no eran tan objetivos como yo desearía, y casi tan poco inocentes como los adultos, soportando un mundo ingrato y desigual, y se dedicaron a escribir historias cada vez más duras, donde los niños sufren y sufren como parte de este mundo. Algo así hizo Enrique Medina con *Las tumbas*, uno de los más desoladores relatos sobre la infancia, un revés de la trama de *Juventud*, y de todo intento de amortizar el dolor a través de la inocencia o de la objetividad. Hay más, inocentes padres y amigos. Tenemos a Manuel Puig y su *Toto*, el niño fanático de la película *Sangre y arena* en *La travesía de Rita Hayworth*. Dark, de Edgardo Cozarinsky, una novela de evocación de la bohemia de

Buenos Aires de los 50. *Las giras del niño inútil*, de Luis Mey, y su retrato de una familia argentina de clase media en las décadas del 80 y 90. *Rumbó*, de Maitena Burundata, *Las olas del mundo*, de Alejandra Laurenich, etc.

Y la literatura extranjera tampoco se quedó atrás, con grandes títulos, en ciertos casos benedictos por la gracia del mercado, y más tarde con la de Hollywood. Tenemos éxitos internacionales donde niños hacen de las suyas, que a veces es sobrevivir como se pueda, o sencillamente morir. *Niños feroces*, de Lorenzo Silva y la historia de Lázaro, un perteneciente a la generación *Twitter* que logra escribir una novela al contar la historia de su maestro Jorge. *La hadrona de libros*, de Markus Zusak, la historia de Liesel, que hallará su salvación en la lectura. *El curioso incidente del perro a medianoche*, de Mark Haddon, o las aventuras de un chico autista que intenta resolver el crimen... de un perro. La desoladora *El niño con el pijama de rayas*, de John Boyne. Y por fin la historia del niño que, tal vez presintiendo que esta nota llegaría algún día, decidió voluntariamente dejar de crecer, quizá para no dejar de ser inocente ni objetivo, en *El tambor de hojalata*, de Günter Grass. No lo logro, pero sustituto.

"Los niños son muy buenos como narradores porque son los únicos testigos objetivos de la realidad".
Almudena Grandes



Historico de Revisas Argentinas | www.abira.com.ar

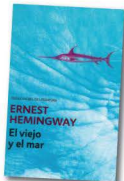
La 26ª edición de la feria arteBA se realizará del 24 al 27 de mayo en el predio de La Rural con la presencia de más de 90 galerías, la obra de más de 350 artistas provenientes de veinte países, y la intención de celebrar la presencia del arte argentino en el mundo a través de la participación especial de Marta Minujín y Claudia Fontes, quienes en 2017 se lucirán en Documenta Kassel y la

Bienal de Venecia respectivamente. "Por primera vez participarán 23 galerías que nunca antes estuvieron presentes en arteBA y otra vez vamos a tener récord de museos locales e internacionales que adquieren obras en la feria, desde el Museo de Arte Tigre hasta el Reina Sofía de Madrid", contó el presidente de Fundación arteBA, Alec Oxenford, durante una presentación para la prensa.



JUEVES 4 DE MAYO DE 2017 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Un lugar en el mundo



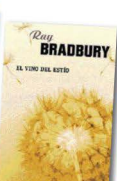
EL VIEJO Y EL MAR, ERNEST HEMINGWAY.



DEMIAN, HERMAN HESSE.



EL ORIGEN DE LA TRISTEZA, PABLO RAMOS.



EL VINO DEL ESTÍO, RAY BRADBURY.



LAS PALABRAS, JEAN-PAUL SARTRE.



NICOLAS MAZIA HENDL.

Los escritores suelen regresar a la tierra de la infancia. Su regreso suele ser una experiencia, por lo general, melancólica y desoladora.

El cuento, muy sucintamente explicado, sería así: Nick Adams es un niño de unos doce años que acompaña a su padre a ver a una paciente que está a punto de dar a luz en un campamento indígena. Luego de mucho esfuerzo y de contar, incluso, con la ayuda de Nick que sostiene una palangana, su padre finalmente logra con éxito la operación por cesárea y mientras se vanagloria por lo conseguido, dirige su atención hacia el niño. El niño, que en su vida aparece con la garganta cortada tras haberse suicidado con una navaja de afeitar unos minutos atrás, Nick Adams, con toda su niñez encima, es testigo también de este último suceso. Mientras

vuelven en bote y luego de haber sostenido una charla aparentemente banal sobre lo ocurrido, el chico siente con plena seguridad que nunca va a morir.

Lo central, para este caso, está en un punto clave: ¿por qué es el niño el que piensa en esto y no un adulto con vasta experiencia? Hemingway escribió este cuento a los veinticuatro años: en esa época, y sobre todo un personaje como el escritor de *El viejo y el mar*, era a esa altura ya un hombre formado y construido sólidamente. Hemingway parece haber comprendido que hay cierta clase de clarividencia, única, durante esa edad imprescindible que se llama infancia. Solo a esa edad se puede tener aquello que se denomina revelación del ser u ontofanía, como enseñaban los antiguos. Y no solo una lucidez arrolladora en el sentido práctico, matemático, científico o filosófico del mundo, sino también en un sentido poético. Y si no ahí está Emil Sinclair, debatándose internamente con el mundo, cuando él, un niño ya un poco maduro lleno de sabias contradicciones, luchando contra

Max Demian. Herman Hesse tenía cuarenta y dos años cuando escribió esta obra. ¿Por qué un escritor de su edad le haría decir a un jovencísimo muchacho una cosa semejante: "Cuando se tiene miedo a alguien (o algo) es porque se le ha dado poder sobre uno"? La respuesta, acaso, sea la interminable cantidad de ejemplos. Rulfo y su cuento "Macario", la novela *Vida de este obrero*, de Tobias Wolff, en donde se narra la vida de un joven que, junto a su madre, intenta sobrevivir a la dura realidad de los años 50 en los Estados Unidos; algunos pasajes de su novela autobiográfica, *Las palabras*, donde Sartre cuenta cómo comenzó su amor hacia la lectura y luego hacia la escritura; el cuento "Reunión", una gema de Cheever; no habría que olvidar nunca (y releerlo para siempre) al escritor noruego Kjetil Aakhusen y a su relato "Desde ahora te acompañaré a casa", en el que un pequeño muchacho, poeta de pura cepa, anota cosas como estas en un diario que lleva consigo: "La chica tiene piernas que suben más allá del borde de la falda", la novela *El nombre* de Karel Čechov, en donde se narran las vacaciones de Douglas Spaulding, de doce años, en una ciudad ficticia; y si pensamos en los nuestros, encontramos "Conejo" o "La madre de Ernesto", de Castillo, "Victorio", el hombre oblicuo", de Blais-

ten; o la novela de Ramos, *El origen de la tristesza*.

Parecía, entonces, que en esa región insondable que suele ser la infancia o la niñez hay algo de orden casi milagroso. Pavese, que sabía más que cualquiera al respecto, enseña para siempre: "Ningún niño tiene conciencia de vivir en un mundo mítico. Esto va acompañado por el otro conocido hecho de que ningún niño sabe nada del 'paraíso infantil' en el cual en su momento el hombre adulto se daría cuenta de haber vivido. La razón es que en los años míticos el niño tiene cosas mejores que hacer que dar un nombre a su estado. Le toca vivir ese estado y conocer el mundo." Y luego continúa: "El concebir mítico de la infancia es, en suma, un alzar a la esfera de acontecimientos únicos y absolutos. Las sucesivas revelaciones de las cosas, por lo cual éstas vivirán en la conciencia como esquemas normativos de la imaginación afectiva". Este mismo hombre, dicho sea de paso, escribió *El nombre* y que

pone de relieve a la perfección toda su doctrina. Y Rilke, un tiempo poeta, le recomienda al joven poeta que le pide ayuda, que vuelva a su infancia, incluso a pesar de estar encerrado entre cuatro paredes, que regrese a ese tiempo de preciosa riqueza de reyes y de tesoro de los recuerdos, ese jardín secreto, en donde encontrará la verdad sobre quién es el mismo.

Por supuesto, cada infancia tendrá su forma de clarividencia. Algunos durarán más que otros. Y las habrá más felices o más tortuosas. Las habrá, incluso, más breves o más extensas. Ortega y Gasset decía, con justa razón, que cada hombre es uno y su circunstancia; cada hombre es, en consecuencia, también. No es la misma infancia la que debe atravesar el personaje de Antoine Doinel en *Las Cuatrocientas golpes* de Truffaut, que muchos de los personajes cándidos y soñadores —aunque lúcidos y sensibles— de buena parte de la literatura del escritor armenio-norteamericano William Saroyan.

Acaso por alguna o varias de estas razones es que los artistas en general siempre regresan de algún modo a su infancia. Y si no vez están intentando ver el mundo con los mismos ojos de esos niños que fueron, donde alguna vez pudieron tener también su lugar en el mundo fuera del mito, donde sienten, inevitables, que como Nick Adams, no van a morirse nunca.

La casa de Victoria Ocampo en Barrio Parque expone hasta el 17 de mayo 29 fotografías, objetos, dibujos y pinturas de los ganadores del Concurso de Artes Visuales 2016 del Fondo Nacional de las Artes (FNA), en el marco de "una nueva etapa en la cual busca recuperar su rol de financiador de artistas y organizaciones culturales", remarcó su titular, Carolina Biquard. En la planta baja de la

icónica casa que Victoria Ocampo mandó construir en 1928—sus bloques racionalistas son los únicos en esa zona porfiriana de construcciones clásicas—, las obras ganadoras dan forma a la muestra con que el FNA retoma una antigua tradición de concursos—los últimos fueron hace más de una década—en busca de "financiar a los artistas argentinos para que sigan produciendo", explicó a **Télem** Biquard.



CONTRATAPA

→ OSVALDO QUIROGA

La patria es la infancia

La confusión que muchas veces acarrea escribir sobre la infancia es suponer que se trata de una época idílica.

Se le atribuye a Rainer María Rilke, el gran poeta austríaco, haber dicho que la verdadera patria del hombre es la infancia. Otros artistas sostuvieron lo mismo y para probarlo escribieron textos memorables. Kafka, sin ir más lejos, fue el autor de "Carta al padre", una obra breve y conmovedora sobre un chico enjuto, enfrentado a su propio padre, un hombre que se impone tanto por sus modales autoritarios como por su imponente físico. La debilidad del joven Franz después derivaría en una tuberculosis que lo llevó a la muerte. Pero antes de eso, y gracias a que su amigo Max Brood no quemó sus escritos, Kafka dejó una obra fundamental para la literatura universal.

Una noche, en la que el escritor cuenta que hacía mucho frío, por una falta menor su padre lo dejó varias horas encerrado en el balcón. Lo que sintió ese niño aparece en esa carta, acaso una obra maestra de cierta literatura confesional que hoy parece añorar con renovados bríos. De la infancia de Kafka también se ocupa en un ensayo Walter Benjamin cuando escribe: "Hay un retrato de Kafka niño, y pocas veces la pobreza breve infancia se ha traducido en forma más aguda. Debe haber sido hecho en uno de esos estudios fotográficos del siglo pasado que, con sus decorados y sus palmeras, sus arborescos y sus chales, eran como un teatro en la cámara de torturas y la sala del trono. Allí, en un trajecito estrecho, casi humillante, sobre cargado de bordados, un niño de unos seis años aparece delante de un paisaje de invernalculo". Literatura y fotografía, como mucho



CHAU MISTERIK.
EN LA OBRA DE MAURICIO KARTUN.
LOS PROTAGONISTAS SON PÚBERES.

CÁSCARA DE NUEZ.
EN LA NOVELA DE IAN MCEWAN.
EL NARRADOR ES EL FETO.

tiempo después lo hizo Sebald, entre muchos otros, intentan dar cuenta de ciertas zonas íntimas de la infancia que posteriormente reaparecen en forma de huellas en el trabajo creativo de los artistas. En realidad, el pasado se hace visible. Basta una contingencia, o una bisbequía inconsciente, para que aquello que se creía olvidado irrumpa en el presente.

Es probable que un libro tan exitoso como *Corazón*, de Edmundo De Amicis, cuyo narrador es un niño, haya deslumbrado a varias generaciones por las abundantes peripecias por las que atraviesa el protagonista. En ese sentido es la típica narrativa de iniciación. En sus páginas podemos hablar algo propio, al menos en la imaginación o en el deseo. Hay casos más dramáticos, como el libro de Ana Frank, un diario escrito por una niña antes de morir en un campo de concentración nazi. Lo que nos muestra es un camino para toda la humanidad. El genocidio nazi fue perpetrado con la complicidad de millones de verdugos silenciosos. Cuando se

piensa en narradores tan jóvenes el lugar común supone que contarán alguna aventura divertida, como las que transitan los muchachos del Nacional de Buenos Aires en *Juvenilia*, el libro de Miguel Cané. Pero no ocurre así. Al decir verdad, no debe haber muchos casos en la literatura mundial de niños que escriben, lo que hay siempre son adultos que recuerdan o imaginan su infancia. Y aquí radica muchas veces el equívoco de creer que lo que se lee ocurre a un niño. No es cierto, es el mundo que el adulto construye sobre el pequeño.

Los protagonistas de *Chau Misterik*, la obra de Mauricio Kartun, una de las más representadas del teatro argentino, son púberes. Para ellos el problema es dejar los pantalones cortos y vivir el despertar sexual, un momento céntrico en la vida de cualquier ser humano, un tiempo que se transita con los ojos cerrados y la vergüenza. No hay otra manera de crecer. Pocas obras han dado el teatro argentino sobre esa transición, que no por natural deja de ser traumática. Kartun provoca en el espectador, o en el lector, imágenes de la propia pubertad.

máticos que ha dado nuestra literatura.

Más reciente es la última novela de Ian McEwan *Cáscara de nuez*, cuyo narrador es el feto que lleva Trudy en sus entrañas. Es él, y no otro, el que cuenta la historia de Hamlet revisada por esta mujer que planea asesinar a su marido mientras mantiene una relación adúltera con su cuñado. El feto sostiene la estructura narrativa del texto y se convierte en el indeseado protagonista de la historia. La imaginación es generosa. El autor de *Expiación* recurre a Shakespeare para narrar una patraña contemporánea, un relato donde el dinero es también motor de las peores bajezas. Shakespeare siempre ofrece abundante material a los escritores de todos los tiempos. Quizá su mirada más amarga sobre el amor juvenil y sus consecuencias sea, precisamente, *Romeo y Julieta*. Allí también son dos jóvenes enamorados dispuestos a atravesar cualquier muro con tal de estar juntos. La muerte los cerca y termina vencidos, pero a pesar del final la obra ha sido pensada a lo largo del tiempo como una extraordinaria tragedia sobre el deseo.

Otro inglés, Lewis Carroll, imaginó *Alicia en el país de las maravillas* como una oda a la imaginación. Una lectura atenta de la obra, sin embargo, muestra que detrás de ese universo de fantasía el elemento central es el sinsentido, en el relato se impone una borchería onírica y descontrolada con imágenes que dicen mucho más de lo que aparentan, y donde se inscribe tanto la sexualidad como los monstruos nocturnos encubiertos en esos paisajes. Es cierto, la patria es la infancia, porque la infancia es nuestro territorio y nuestro tubo del ensayo de todo lo que vendrá después. Pero también es la patria de los griegos. La mayoría de nuestras desdichas proviene de esa época que para nadie fue un sueño dorado, pero que para cada uno fue el ensayo general de lo que sería la propia existencia del adulto que todavía somos.